

DEL LIBRO PROXIMO A APARECER

"DIAS SIN FECHA"

*BREVE ELOGIO DEL SEÑOR SUAREZ*

Escribe: FELIPE ANTONIO MOLINA

Para conmemorar el primer aniversario del nacimiento de Marco Fidel Suárez, la nación colombiana se constituyó en una sola y simple comunidad, sin odios, sin banderas y sin clases. Es un indicio consolador. Se entiende que la psicología multitudinaria se desborde precipitándose hacia el atractivo abismal del Héroe, en cualesquiera de sus manifestaciones activas, porque la gloria, al fin y al cabo, abrumba y domina con sus estímulos violentos. Resulta lógica la caída del poderoso, en quien el olfato primordial de las muchedumbres olfatea la posibilidad o el sueño de la dádiva. Se acepta, en fin, que el fuerte, el triunfador, el desdenoso —que todo ello es el Príncipe, en las finales elaboraciones de la filosofía maquiavélica— subyugue con sus masculinos atributos a esa mujer elemental, veleidosa y nerviosa, que, es la multitud. Pero ello no ocurre con Suárez, mínimo varón de dolores, lastrado, pues, como espectáculo por los valores negativos de la tragedia.

Precisa, por tanto, investigar qué atracción diferente, qué trascendencia secreta, qué oscuro vínculo ha podido establecerse, a lo largo de una centuria, entre este pueblo —sumergido aún en el ciclo turbulento de los caudillos— y esa criatura opaca de gabinete, de la que nadie sospecha que haya tenido juventud ni luminosa primavera, sino un largo crepúsculo de animal enfermo y triste. Las sociedades no suelen dilapidar benevolencia con los débiles ni aman la senectud en la melancolía. Las irritan los veletudinarios que no acaban de morir y, en el subconsciente, levantan, con los muros de los hospitales y de los asilos, un lindero entre su alegría transitoria y el repugnante espectáculo de la angustia humana. Por cuanto se ha de morir y se ha de envejecer, se aspira a no anticipar la escena final del drama en la contemplación del hombre abrumado. De allí que el Héroe, en la mitología, preconstituya una imagen de la supervivencia y un paradigma de la capacidad de resistir. No así el sujeto frágil —y Suárez lo fue hasta el último límite de la transparencia y la deleznable estructura de un vaso— que parece respirar, sobre el egoísmo y el pavor de sus contemporáneos el retardado vaho de la muerte. Marco

Fidel Suárez vivió muriendo. Su tiempo puede medirse como las pulsaciones de una interminable agonía. A lo largo del camino de su desventura, llevó sobre los hombros el castigo de su propio cadáver. Y, a pesar de todo, la Gloria —una gloria aparentemente inexplicable— nos lo devuelve intacto y heroico, avasallador y fuerte desde ese rincón de la historia en donde hace mucho tiempo debió comenzar el olvido.

Es difícil presumir, en consecuencia, qué es lo que el pueblo de Colombia ha amado —amándose a sí propio, porque tal es la característica narcisista del amor popular— en ese Caballero del Otoño, que careció de todos los atributos escénicos que son la unidad de cambio convencional en las transacciones del prestigio. Suárez no es una entidad fácil a la percepción de la inteligencia. Es un titán intelectual —él, sí! de una asombrosa multiplicidad cósmica, que rebasa con exceso los grados de horizonte asimilables por la pupila del espíritu. No se le puede definir por un solo rasgo, porque los posee todos en grado tan eminente y vario que resisten a la clasificación. No puede aislársele en una actividad separada, porque su acción se ejercita, sin sobresaltos ni trastornos de la continuidad y de la magistral destreza, en los campos más opuestos, desde la filosofía a la política, desde el Derecho de Gentes, a la mística, de la historia al arrobo poético y a los cuidados de la administración pública. El absoluto dominio de la ciencia y el arte gramaticales no le restan, sino que acentúan, la verdad y donosura desconcertantes de la prosa, que alusina con su misteriosa claridad y su arquitectónico ajuste, como un castillo sustentado por un céfiro. Su magia penetra en la entraña de cada voz hasta encontrar, en sucesivos milagros del análisis, el extremo de cada raíz semántica, que él disecciona en músculos, nervios y resonancias inauditos, como si la cantera del idioma —por él explotada hasta sus más íntimos veneros— le entregase el arcano de sus sonoridades en un torrente de gratitud in exhausta. Al propio tiempo, él, que no es un jurista de escuela sino una autodidacta del derecho, crea doctrinas de proyección insospechada en la jurisprudencia internacional, superiores al tiempo y a las vicisitudes de los gobiernos y de los intereses, que los años han consolidado como en eternos bloques de mármol. El, que no es un caudillo ni pretenderá serlo jamás resume en un momento dado las confesiones claves de un credo político, que a su vez comportan las exaltaciones, las esperanzas y la milicia total de un partido, que sigue su palabra —la suya, confusa y casi inaudible, de orador frustrado!— hasta la cumbre del poder. No ha hecho la historia; pero puede revivirla, revitalizarla, transmutándola en valores ejemplares y ardientes, que queman como brasas animadas por el letal sosiego de su sangre de moribundo. Parece, en suma, un arbusto seco bajo la trágica tormenta, y no obstante la resiste y la desafía: todo muere en torno suyo y él permanece enhiesto en la desgracia, infamado, acorralado, tímido, musitando el nombre de Dios, sin capacidad belicosa, mancornado en la humildad y el desconcierto, incapaz de suscitar envidias sino desprecios mientras crea la inmortalidad de su obra magna como si apenas acumulase desperdicios para protegerse de una avalancha.

Quizás de la conjunción de todos estos elementos incomprensibles, a virtud de no sabemos qué catálisis sobrehumana, haya surgido en la existencia maravillosa de Marco Fidel Suárez ese valor nuevo e indiscernible que lo fija —como a golpes de fuego— en el alma de su patria. Parece

como que ser y subsistir —dentro de las categorías eximias de la grandeza— depende menos de factores subjetivos que de la irresistible y total superación del espíritu. Tal es el “caso Suárez”. Su estilo —que es el fruto de una destilación compleja y preciosa— carece de afinidad con el paladar del hombre común, que menos alcanza todavía el recinto de su ciencia filológica, ni está capacitado para acceder a las esquivas fuentes del “Jus Gentium”. Su empresa de gobernante y de conductor de facción estaría fatalmente condenada a la controversia temporal de los discretos y de los indiscretos. De toda su construcción genial —el genio es irremediablemente una distancia y una sublimación de la avaricia— no aprovecharía el ciudadano callejero sino trozos fragmentarios, ligeras huellas de color y sabor, unas pocas especies brillantes, sin unidad ni fuerza, subordinadas episódicamente a circunstancias inactuales de la política, a paisajes momificados, a momentos de tensión ya apaciguados por el discurso de los días.

Aquí está, empero, entre nosotros, en una perdurabilidad casi mágica, que acrecientan los años muertos, los sistemas fallidos, las torpezas y contradicciones de los hombres, las ideas superadas las falsificaciones de la virtud y la cultura, los atropellos de la soberbia. Eternizado por las contrapartidas de cuanto él no fue, por las miserias que superó, por el dolor que no pudo vencerlo, por las flaquezas que sobrellevó su fe, por los odios que no lograron despertar su capacidad de rencor. Acaso el pueblo haya presentido en él en estas épocas horrendas —más que al humanista, al capitán político o al jurisperito— al profeta sacrificado de un tiempo nuevo, al precursor de los días de la paz, al símbolo necesario cuando cese el imperio de los violentos, que hemos alimentado en cada uno de nosotros. Quizá entonces podremos interpretar mejor la “doctrina Suárez” de la armonía nacional, que es su verdadero legado a la patria y que él rubricó tan dolorosamente en la “abominación de la desolación”.